

Extravagante, luminosa y brutal. Rosa Chacel, discípula de Ortega

Presentación de Marcia Castillo Martín

ORCID: 0000-0002-9837-489X

Iniciaarse en la vida cultural siendo ajena a cenáculos, academias o entramados editoriales, desde el autodidactismo y la periferia tanto geográfica como vital, y desde las estrecheces económicas y sociales de la pequeña clase media, puede ser una tarea ímproba que solo está al alcance de talentos sobresalientes y voluntades férreas, un talento y una voluntad de los que siempre hizo gala Rosa Chacel. La escritora vallisoletana, nacida en 1898, escribía desde el margen, en un intrínseco malestar social y vital fruto quizá de experiencias transcendentales como el aislamiento en que pasó su infancia, o su educación autodidacta. Su temprana inteligencia y sentido crítico fueron paradójicamente un impedimento para su socialización. En este sentido, Ortega fue —recuerda la autora en numerosos textos— un puente hacia la cultura, una “facilitación de lo difícil” (Chacel, 1983: 78) para su actividad intelectual desde varios puntos de vista; tanto por el ejemplo cultural que la obra del maestro dio a sus contemporáneos, como por la relación “de índole tan impecable como sólida” (Chacel, 1983: 80) que entablaron, como podemos leer en el artículo que presentamos.

Se trata de un artículo publicado en el número extraordinario de *Revista de Occidente* de 1983 con ocasión del centenario de Ortega, en el que compañeros y discípulos publicaron recuerdos y experiencias comunes en torno al maestro. Entre ellas se cuentan las de Rosa Chacel, pero también las de otras distinguidas discípulas y amigas como María Zambrano, Rosa Alonso o la Condesa de Yebes. Como en la de Chacel que aquí se publica, en las semblanzas de Ortega que hacen sus varias discípulas sobresalen dos valores: la cercanía y la posibilidad. Ortega “era la posibilidad” (Chacel, 1983: 77) para su generación y era también la facilitación al modo del guía generacional. Pero además, lo que puede resultar sorprendente, sobresale otra característica en el maestro: la cercanía con que el consagrado y ocupadísimo intelectual contesta cartas —como en el caso de la joven Rosa Alonso—, recibe quejas, da apoyo personal, mientras que en sorprendente contradicción en muchos de sus textos asume la exclusión de las mujeres de la vida intelectual. Todas ellas ponen el acento en la cercanía,

Cómo citar este artículo:

Castillo Martín, M. (2016). Extravagante, luminosa y brutal. Rosa Chacel, discípula de Ortega. *Revista de Estudios Orteguianos*, (33), 199-219.
<https://doi.org/10.63487/reo.319>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 33. 2016
noviembre-abril



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

en “su habitual cortesía” (Chacel, 1983: 86) y en la accesibilidad de Ortega. Tan solo Rosa Alonso menciona de manera tangencial el prejuicio antifeminino que como otros intelectuales de la época animaba el pensamiento de Ortega, prejuicio reconocido por su propia hija Soledad (Campomar, 2010).

Los márgenes y la inadaptación

Chacel, que se declara una discípula “extravagante” (Chacel, 1983: 94) —ni alumna, ni dama de sociedad, sino mujer de provincias autodidacta y sin estudios superiores—, ha confesado muchas veces su inadaptación social: “Mis dificultades ante el mundo nunca han sido literarias. Han sido, en realidad, dificultades sociales”, le dice a Shirley Mangini en una entrevista (Mangini, 1987: 10).

Chacel se describe en la época de su colaboración con la *Revista de Occidente* —que se consolidó alrededor de 1927— como una “paletilla castellana, siempre mal vestida”; recuerda el malestar que le producía la tertulia a la que en ocasiones iba “con gran sufrimiento”. “Siempre me sentía muy incómoda. Cuando quería llevar algo a Ortega, iba por la mañana (...). Con Ortega no me intimidaba intelectualmente (...). Pero el grupo de señores a su alrededor... yo me sentía... mal. Si a eso añades lo de siempre: mal vestida... figúrate, me sentía perfectamente desgraciada” (Mangini, 2001: 149).

Como decíamos más arriba, ya desde la infancia se aprecia cierta inadaptación en ella; así, recuerda en *Desde el amanecer*: “Siempre que me había acercado a las chicas las había encontrado lejanas, pequeñas, inferiores” (Chacel, 1981: 225). A punto de asistir a la escuela, una grave enfermedad la recluye en casa y su educación correrá desde entonces a cargo de su madre; hacia los siete años, confiesa, nunca había jugado con otro niño de su edad, rodeada siempre de sus muchas tías y estimulada intelectualmente por unos padres excepcionales. Sin duda, haber crecido al margen de todos los circuitos sociales y en una familia heterodoxa¹ explica en buena medida ese carácter “raro”, incivil, que apreciaron sin comprenderlo algunas de sus contemporáneas².

¹ Chacel compara su ambiente familiar con una bohemia que le recuerda el mundo de James Joyce: “Esa mezcla de pobreza, inteligencia, absurdo, bohemia... ése es el mundo de Joyce y ése era también el mío, exactamente. (...) esa especie de... gitanería, en el sentido de desorden de los irlandeses, puede parecerse a la española en lo que tiene de irregularidad o bohemia” (Porlan, 1984: 51).

² Ernestina de Champourcin en carta a Carmen Conde comenta la retirada de Chacel del recital poético del Lyceum Club en mayo de 1928: “Rosa Chacel retiró a última hora sus poemas, ofendida por el título de la Conferencia. ¡Esto nos hace sospechar que tiene pretensiones de cima! Por lo que de ella oigo, debe ser muy rara. No la conozco aún ni es fácil que lleguemos a encontrarnos. Sólo frecuenta algunos cafés” (Conde / Champourcin, 2007: 85).

Las estrecheces económicas además son desde su infancia un lastre que no sabe gestionar. No haberse sabido desenvolver sin una peseta como otras mujeres, como ella misma ha comentado en ocasiones, incrementa un velado sentido de la culpabilidad. Muy presente queda en el trasfondo de este malestar el ideal de la mujer doméstica, la joven hormiguita y hacendosa que siempre está presentable a pesar de su modestia. Chacel, como Zambrano, aun rechazando y superando el estereotipo de la domesticidad, sufrió inconscientemente ese malestar de sentirse ajena al modelo imperante, un modelo que combinaba el ideal de la domesticidad con el de la belleza.

En los años veinte, la belleza femenina se ha convertido ya en el patrón insaciablemente difundido por medios de masas, como la prensa ilustrada y el cine, que pervive hoy, de una manera mucho más inmediata y acosadora de lo que lo pudo ser durante el siglo anterior. Ambas, Chacel y Zambrano, mencionan en diferentes lugares la tiranía de la belleza física y el sufrimiento de no poseerla: “yo (...) merecería ser hermosa, *debería* serlo”, dice Zambrano (2012: 187, subrayado en el original); “jamás puede ser verdaderamente libre una mujer fea”, afirma Chacel (1981: 168). No se debe caer en la tentación de ver en esta ansia de belleza una frivolidad de mujeres jóvenes, sino que implica una mucho más profunda inadaptación con el medio que incluye el rechazo del entramado social propio de la pequeña burguesía. Las mezquindades de lo apropiado, las miserias de clase, las ruindades del universo doméstico son rechazadas por ambas escritoras y por otras de su generación. De “pasteleo de lo social” lo califica una menos económicamente modesta Ernestina de Champourcin (Conde / Champourcin, 2007: 75), pero no menos inadaptada a su medio. No debería, en nuestra opinión confundirse el malestar y la inadaptación de las escritoras con una interiorización por su parte de la misoginia y del menosprecio de las mujeres. Laura Freixas dedica muchas líneas a comentar cómo Chacel menosprecia lo femenino, las “porquerías de orden femenino”, la escritura de mujeres, ser adorada a su vuelta a España “por mujercitas” y no formar parte de la escritura de los hombres (Freixas, 2004). La posición de Chacel nos parece el malestar hacia lo que vulgarmente se considera propio de su condición femenina: si coser o zurcir la abruman es porque le quitan tiempo de la labor intelectual, cosa que no ocurre con los hombres⁵. Para ella, como para Virginia Woolf, la escritura no debería tener sexo y son las minucias de la vida pequeñoburguesa lo que rechaza, cosa que también denostaba Zambrano cuando le decía en carta a Gregorio del Campo que no quería que

⁵ Esta ambivalencia de Chacel hacia lo femenino recuerda a la denuncia que Adrienne Rich hace de las contradicciones de la maternidad idealizada sin, por otra parte, negar nunca el valor vital de esa íntima experiencia (Rich, 1986).

llegaran a ser “un «matrimonio» respetable y honorable”, ni un caballero y una señora (Zambrano, 2012: 187).

Susan Kirkpatrick reconoce que en esta inadaptación vital de las escritoras de los años veinte están “íntimamente entrelazadas cuestiones de género y clase” (2003: 268), pues no podemos olvidar que los círculos liberales de la época en España seguían siendo sustancialmente burgueses y patriarcales, como sin duda demuestran muchas de las opiniones de Ortega al respecto de las mujeres que veremos más tarde.

La habitación propia y la vocación

En 1922 Chacel se instaló en Roma junto a su marido el pintor Timoteo Pérez Rubio, que había conseguido una beca en la Academia de España. Como Virginia Woolf, tuvo Rosa Chacel que gozar de una habitación propia encontrada en el retiro romano para cimentar su vocación de escritora; y fue en las lecturas orteguianas donde encontró la justificación teórica para esta vocación y la guía estética para su prosa. El descubrimiento –pausado, reflexivo, intuitivo– del pensamiento de Ortega es para ella un “venturoso fenómeno” (Chacel, 1983: 78), y si para sus discípulos directos fue “la guía que animaba y conducía a los que iban a trabajar” (Chacel, 1983: 78), para Chacel, aun desde el margen, actuó como la revelación de la importancia de la vocación. En este sentido, tanto en el texto que aquí comentamos como en otras semblanzas de Ortega, Chacel –como también Zambrano– incide en conceptos orteguianos como autenticidad o vocación: “mi seguridad en mí era inmensa, ¿en mí misma, en mi personalidad, en mis valores?... No, en mi vocación, que sobrepasaba en mucho a lo que se llama vocación profesional. La mía era vocación vital, esencial, a la que me había consagrado en mis primeros años” (Chacel, 1971: 13).

Las intelectuales de la época refieren una y otra vez cómo la idea de vocación orteguiana fue una sólida guía en sus vidas; Zambrano escribe en 1933 que gracias a Ortega los jóvenes de su generación se atreven “a ser”, pues comprenden que sólo se vive auténticamente en la medida en que se es uno mismo, para definitivamente “jugarnos la vida a la carta única de la autenticidad” (Zambrano, 1983: 273). La canaria Rosa Alonso en su semblanza de Ortega, publicada junto a la que nos ocupa en el número extraordinario de *Revista de Occidente*, declara que su vocación superaba las dificultades pues se traía “muy leído a Ortega” a su llegada a Madrid (Alonso, 1983: 10). El valor de la autenticidad vital, de ser una misma, es una idea recurrente tanto en los ensayos como en los epistolarios entre ellas (Castillo, 2015). La autenticidad puede revelarse como una verdad íntima “luminosa y brutal” (Chacel, 1937: s. p.),

pero es la única manera válida de enfrentarse a la realidad por muy contradictoria que ésta sea.

Lo que las cosas son

En su recuerdo del maestro, Chacel pone el acento en la gratitud de saberse aceptada por Ortega con todas sus aristas, con su “incivilidad ibérica” (Chacel, 1983: 82), en su autenticidad: “su trato, que forzosamente significaba juicio, era digno de mi gratitud” (Chacel, 1983: 82). Para la escritora inadaptada tanto el ejemplo invaluable de la labor intelectual de Ortega como la clara demostración de aprecio que le dispensa suponen el acicate para continuar el camino de las letras. Asimismo, la idea de vocación, como comentábamos, fue para las mujeres de la época una paradójica inspiración que las mantuvo firmes, a pesar de los obstáculos, en la búsqueda de su voz literaria, filosófica o artística; una paradójica inspiración puesto que suponía contradecir tanto el supuesto destino doméstico y maternal de las mujeres como la convicción de la incapacidad femenina para la labor intelectual, una contradicción sobre la que es preciso detenerse.

En gran número de artículos de la época había desarrollado el maestro un concepto de lo femenino y de la escritura de las mujeres en nada alentador: las mujeres no están bien capacitadas para la actividad literaria o creativa, debido por ejemplo a una “sequía de imaginación” (Ortega y Gasset, 1921: III, 354) y a una “falta radical de curiosidad” (Ortega y Gasset, 1930: II, 807), por lo que “el fuerte de la mujer no es saber, sino sentir. Saber las cosas es tener conceptos y definiciones, y esto es obra de varón. La mujer no sabe” (Ortega y Gasset, 1924: III, 331). La mente femenina “normal” tiende a la irracionalidad hasta el punto de que las mujeres demasiado racionales resultan desagradables a los hombres: “El hombre inteligente siente un poco de repugnancia por la mujer talentada (...). La mujer demasiado racional le huele a hombre” (Ortega y Gasset, 1927: IV, 146). Ni siquiera los compromisos éticos les son propios, pues todas las mujeres parecen “una santita, si creemos que la santidad consiste en resbalar por la vida sin dejarse comprometer por ella” (Ortega y Gasset, 1918: II, 684)⁴.

Pero en el recuerdo de Rosa Chacel pesa más esta aceptación de la persona Rosa Chacel en su totalidad, “con sus aristas”, que cualquier menosprecio por

⁴ Igualmente había difundido desde *Revista de Occidente* similares opiniones de sus contemporáneos sobre esta cuestión, como Marañón, Simmel, Jung o Morente, colaboradores que desgranaban uno a uno los tópicos en torno al carácter femenino desde la irracionalidad hasta el determinismo biológico. Para un desarrollo completo de estas ideas, véase Castillo, 2003.

el hecho de ser mujer: “ese saber la rudeza –incivilidad ibérica– de mi carácter era saber algo. Si para Ortega pensar es *saber lo que las cosas son*, su simpatía no podría ser rechazada por lo que en mí se dejaba ver *como es*” (Chacel, 1983: 82).

Es decir, las ideas de autenticidad y vocación se anteponen en el pensamiento de las intelectuales al menosprecio de la condición femenina; deliberadamente asumen que su vocación intelectual merece toda la prioridad en su esfuerzo vital.

¿Fue esta aceptación de su persona, este sentimiento de íntima comprensión de las contradicciones personales de la escritora lo que condicionó su aceptación de las ideas del maestro y de sus contemporáneos? No del todo, pues no le fue impedimento para criticarlas contundentemente en el polémico artículo de 1931 “Esquema de los problemas prácticos y actuales del amor”, que publicó *Revista de Occidente*. Aquí Chacel desmonta los supuestos teóricos que sustentaban la exclusión de las mujeres de la cultura, critica a Georg Simmel y a Karl Jung –ambos publicados previamente por la misma revista y muy populares en la época–, y aunque Chacel evita referirse directamente a las ideas defendidas por Ortega, la actualidad del debate está muy presente en el artículo: “intentaremos la crítica de alguna de las teorías que gozan de más prestigio en Europa, y especialmente en España, y son aquellas que intentan influir en el sentido erótico de nuestro tiempo, anteponiendo a toda razón sustancial metafísica, razonamientos psicológicos sociales tales como –por señalar el más deleznable y equívoco– la feminización de la mujer. Gran parte de la sociedad europea está enrolada en esta empresa, y esto hace que no se pueda desechar tema tan enojoso, y tan errónea como extensamente tratado” (Chacel, 1931: 132).

Por otra parte, para Chacel la cuestión feminista no fue nunca una prioridad, sino que la cultura adquiere otras divisiones que superan la dicotomía de género: “el individuo estulto y su contrario”, afirma con tajante clarividencia en el artículo citado. Chacel no era una persona fácil, así lo recuerda el editor de sus diarios póstumos, Antonio Piedra, con el beneplácito de su propio hijo Carlos que coedita la obra (Chacel, 1998: 9); así lo reconoce ella misma en numerosas ocasiones, y esa inadaptación le ocasionó no poco sufrimiento que el trato cercano y los consejos “en las cosas íntimas vitales” (1983: 84) que Ortega le prodigó aliviaron. Así, ni intelectualmente ni humanamente se sentía Chacel intimidada por Ortega, pues como comenta en *La sinrazón de Rosa Chacel*, Ortega “era de una sencillez absoluta” (Porlan, 1984: 21). Eso da, y ella lo menciona, “la medida justa de su dimensión humana” (Chacel, 1983: 84), si bien no alivia el desconcierto que desde el presente puede provocar en las lectoras contemporáneas esta devoción acrítica de sus discípulas con las contradicciones de su pensamiento respecto a las mujeres y la labor intelectual.

En efecto, la misma escritora permanece muy anclada en esa imagen finisecular que valora una escritura masculina y denosta las producciones femeninas de la cultura, entiéndase lo que se quiera por cada una de ellas. “La cultura está hecha por los hombres y las que quieran entrar, que entren”, declara Chacel; “soy demasiado escritor”, se lamenta cuando la invitan a hablar de escritura femenina (Mangini, 1987: 10). Ortega no fue ajeno ni neutral a esta dicotomía y esa es la primera contradicción que las lectoras actuales percibimos en el incuestionado magisterio del filósofo. Para Elena Laurenzi las contradicciones de María Zambrano y Rosa Chacel frente al feminismo no suponen un rechazo de los valores igualitarios sino que: “el énfasis contra el feminismo manifiesta su recelo a ser colocadas en un ámbito «mujeril» desvalorizado y cerrado, con el riesgo de perder su posicionamiento en el ámbito masculino (tal como lo era y todavía lo es, en modo eminente, el discurso filosófico) que a duras penas acababan de conquistar” (Laurenzi, 2012: 21).

El peso del discurso excluyente supone indudablemente un freno que solo la guía de la vocación y la convicción de la autenticidad consiguen vencer; las actitudes e ideas de Chacel o Zambrano al respecto de la labor intelectual de las mujeres y de la propia condición femenina se nos aparecen así mediadas por la época y el discurso dominante, pero brillantemente iluminadas por la independencia de su pensamiento y el decidido ejercicio de su vocación.

Para ambas, el recuerdo de Ortega es un recuerdo humano, centrado en la persona y en la circunstancia en la que le encontraron; en el texto que nos ocupa, además, el recuerdo de Ortega se detiene antes en “la dádiva de la amistad” (Chacel, 1983: 83) que en cualquier otra consideración, y si esa dádiva fue prodigada generosamente por Ortega, supieron ciertamente sus discípulas devolvérsela en forma de leal evocación a sesenta años de distancia.

■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO, Rosa (1983): "Ortega, en el recuerdo", *Revista de Occidente*, 23-24, número extraordinario VI, pp. 9-21.
- CAMPOMAR, Marta (2010): "Soledad Ortega y Victoria Ocampo. Una amistad heredada", *Revista de Occidente*, 348, mayo, pp. 5-30.
- CASTILLO, Marcia (2003): "De corzas, climas, vegetales y otras feminidades. Ortega y Gasset y la idea de feminidad en los años veinte", *España Contemporánea*, tomo XVI, n.º 1, primavera, pp. 39-57.
- (2015): "Llegar a ser la que se es: construcción de la identidad y relaciones personales en las escritoras del 27", en Pura FERNÁNDEZ (ed.), *No hay nación para este sexo. La Re(d)pública trasatlántica de las Letras: escritoras españolas y latinoamericanas (1824-1936)*. Madrid / Fráncfort: Iberoamericana / Vervuert.
- CHACEL, Rosa (1931): "Esquema de los problemas prácticos y actuales del amor", *Revista de Occidente*, XXXI, 92, pp. 129-180.
- (1937): "La nueva vida de «El Viviente» (sobre las *Obras completas* de José Ortega y Gasset)", [en línea] en *Hora de España*, 4, abril, pp. 47-50. Dirección URL: <http://www.filosofia.org/hem/193/hde/hde04047.html>.
- (1971): *La confesión*. Barcelona: Edhasa.
- (1981): *Desde el amanecer*. Madrid: Bruguera.
- (1983): "Ortega", *Revista de Occidente*, Extraordinario VI, 24-25, pp. 77-94.
- (1989): *La lectura es secreto*. Madrid: Júcar.
- FREIXAS, Laura (2004): "Rosa Chacel", [en línea] en *Letras Libres*. Dirección URL: <http://www.lettraslibres.com/mexico-espana/rosa-chacel>.
- KIRKPATRICK, Susan (2003): *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*. Madrid: Cátedra.
- LAURENZI, Elena (2012): "Desenmascarar la complementariedad de los sexos. María Zambrano y Rosa Chacel frente al debate en la *Revista de Occidente*", *Aurora*, 13, pp. 18-29.
- MANGINI, Shirley (1987): "Entrevista con Rosa Chacel", *Ínsula*, 492, pp. 10-11.
- (2001): *Las modernas de Madrid*. Madrid: Península.
- ORTEGA Y GASSET, José (2004-2010): *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus.
- PORLAN, Alberto (1984): *La sinrazón de Rosa Chacel*. Madrid: Anjana.
- REQUENA HIDALGO, Cora (2003): "Los diarios de Rosa Chacel: Alcancias", [en línea] en *Cyber Humanitatis*, 26. Dirección URL: <http://www.cyberhumanitatis.uchile.cl/index.php/RCH/article/view/5646/5514>.
- RICH, Adrienne (1986): *Of woman born. Motherhood as experience and institution*. Nueva York / Londres: Norton and Company.
- RODRÍGUEZ-FISHER, A. (ed.) (1992): *Cartas a Rosa Chacel*. Madrid: Cátedra.
- ZAMBRANO, María (1983): "Señal de vida. *Obras* de Ortega y Gasset (1914-1932)", *Revista de Occidente*, 23-24, Número Extraordinario VI.
- (2012): *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*. Madrid: Linteo.

Rosa Chacel

Ortega

Recordar lo que nunca fue olvidado, lo que ocupó un lugar cambiante en diversos grados de actualidad, pero siempre permanente como indiscutible referencia o contraste, tiene una primera dificultad que consiste en elegir el punto de partida correcto para abarcar la visión más amplia, más extensa, más real ante todo. Lo natural –si buscamos paisajísticamente o, tal vez, ecológicamente en la extensión del agro– lo natural es escoger los linderos emergentes de cordialidad, de efusión o de deslumbramiento intelectual. Prefiero tomar otro camino que puede parecer caprichoso pero que tiene una ley interna de gran coherencia: simplemente, el orden de aparición en mi memoria.

Estamos en el 82: si parto del 22, son 60 años que puedo revisar en un abrir y cerrar de ojos. Elijo esa fecha, crucial en mi vida, porque, en efecto, en ella ingresó en mi mente la idea o noticia de la existencia de Ortega. Muy importante para la exactitud de la referencia es exponer mi situación personal ante la *noticia*. Para aquellos, entre los de mi tiempo, que iban a entrar en la disciplina del estudio, la aparición de Ortega era la posibilidad. Al efecto más relevante del magisterio de Ortega podríamos llamarle la *facilitación* –teniendo en cuenta, ante todo, que nadie realizó más taxativamente lo difícil, así pues la *facilitación* de lo difícil fue lo que inculcó en las mentes de aquella juventud–, la seguridad de *poder*, poder pensar, poder estudiar, poder entender lo que las cosas son. Para mí, formada y entregada al mundo de las artes plásticas, sin más que profusas lecturas autodidácticas, la noticia de Ortega era, en gran parte, imagen. Era un venturoso fenómeno que animaba y conducía a los que *iban a trabajar*... Siempre pesó en mi conciencia no haberme contado entre ellos. Siempre les tuve una cierta envidia y, consecuentemente, siempre tuve el propósito de birlar los diamantes de la sabiduría, al alcance de la incipiente literatura. En fin, en esa fecha –abril del 22– yo salí de España llevándome el propósito de conocer la obra de Ortega. Llevándome los libros en boga y,

repito, una idea formada de quién era Ortega, de lo que significaba para nosotros, de lo que se esperaba de él.

Qué duda cabe, los discípulos irían por la pauta debida, del principio al fin del curso, yo –desde Roma, en una perfecta paz y libertad– recogía y examinaba, es decir, organizaba en mi conciencia todo el proceso seguido por Ortega en sus pugnas periodísticas, hasta llegar a sus publicaciones deslumbrantes. *Espectador*, *Meditaciones*, etc... (breve explicación de algo contingente. Yo llegué a Roma, por ser Timoteo pensionado en la Academia de España, donde aún quedaban huellas palpables de la guerra del 14, y para subsanar los desperfectos que los años de abandono habían causado en ella, el director, Eduardo Chicharro, instó a los pensionados a pedir todo lo que creyesen necesario. La petición de libros, periódicos y todo lo que significase noticia de España fue enorme y quedó ampliamente satisfecha. Conseguí en aquel magnífico estudio y en aquel maravilloso jardín una concentración sobre España que tal vez no habría sido tan intensa en la vida frívola de Madrid). Empezó a aparecer ante mí la actitud o posición de Ortega sobre nuestra españolidad, personificada en el gran español Don Miguel y expuesta por Ortega como europeidad. El momento, la década aquella de posguerra buscaba climas mentales, intelectuales, racionales para poder respirar desde los dramas vitales. Se aceptaban las posiciones –no me detengo a señalar que era el momento de compromiso–, la de Ortega, renovadora, removedora de la última verdad, porque lo decisivo por auténtico era la renovación *ejecutada*, fabricada o construida con materiales propios. Llamada entrañable, a la que era imposible no responder si se conservaba una esencial veracidad, una realidad verdadera. Quiero decir que la fase polémica, que no aceptaba énfasis porvenirista al dar por sentada nuestra europeidad tradicional, era fácil de imponer como la andadura natural de una especie. Así, después de adoptar la simple posición de alerta, quedaba como incumbencia inmediata entrar en la filosofía de Ortega.

Mil novecientos veinticinco, en el Gianicolo, junto a un laurel, yo no estudiaba, vivía la razón vital en un cierto modo larvario, con un cierto sistema nutricio, vorazmente centrípeto, con ciega habilidad de oruga que devana hilos en torno a su crisálida. Yo no habría sido jamás capaz de exponer esos resúmenes limpiamente concisos que demuestran haber entendido el asunto por sus pasos contados. Yo no escribí una línea sobre Ortega, escribí un libro, una breve novela en la que el drama, el asunto, el argumento era la filosofía de Ortega. Tuve, desde un principio, la seguridad y el orgullo de no haber hecho cosa tan consabida como es la vida o historia de uno o más personajes que propugnan ciertas ideas, sino una *persona*, cuya personalidad es demostración palpable y patética de una filosofía –concepción del mundo, de lo que la realidad es, vital y racionalmente–, la de Ortega.

Confieso que quedé plenamente satisfecha, no del valor literario de mi obra, eso habría sido ligereza de juicio, que nunca tuve, sino de haber intentado algo rotundamente oportuno, me atrevo a decir necesario. Así lo creí desde un principio, múltiples avatares parecieron negarlo: hechos hartos demostrativos lo confirmaron más tarde y hasta resultó a veces ostensible. El caso es que a mi vuelta a España, a fines del 27, puse mi libro en manos de Ortega.

No quiero, por pura economía de tiempo, detallar vicisitudes del envío, pero si me propongo hablar de mi conocimiento de Ortega, tengo que detallar los matices más sutiles de mi primer encuentro. En fin, el libro había tardado en llegar a sus manos, pero cuando lo revisó lo encontró viable, me puso dos letras diciendo que publicaba un capítulo y que me considerase colaboradora de la Revista. Mi alegría fue inmensa y me dispuse a afrontar la presencia del maestro. Estaba segura de que Ortega estaría absolutamente compenetrado con mi propósito de novelar su filosofía, de convertir en vida, en persona cada una de sus ideas... Bueno, pues no fue así. Por qué he tardado muchos años en comprenderlo y temo que él no lo viese claro jamás. Es extraño, más bien es extraordinario, porque desde el primer momento se estableció una comunicación perfecta, un sentimiento de afinidad que salvaba las distancias. Distancia de sabiduría y distancia de edad quedaban descartadas por el temple humano que inauguraba una relación de índole tan impecable como sólida. Pues bien, el caso es que todo lo que Ortega me dijo fue que veía en mi literatura la influencia, tan notable en los de mi época, de Giraudoux... Mi indignación fue casi colérica. Yo no he leído nada de Giraudoux, dije..., y Ortega aseguró, que sin embargo, era natural la influencia a través de... Mi cólera no se apaciguó ni con los elogios que formuló sobre mi prosa, ni con su actitud encantadora, cortés, levemente galanteadora... No, no se aplacó mi furor, sino al contrario, se afincó básicamente no como signo de incompatibilidad, sino como reserva problemática que exigía un largo proceso de esclarecimiento.

Si las cosas –quiero decir las cosas de la vida en sus acontecimientos cotidianos– se diesen atendiendo directamente a *lo que importa* a lo que nos tiene en ascuas, respecto a nuestros intereses fundamentales a lo que significa la línea de nuestra conducta, si las cosas fuesen así, se llegaría pronto a la claridad o aclaración, pero no, así no se dan nunca las cosas. Para decir cómo se dieron, confiando en mi implacable memoria, no puedo limitarme a lo inolvidable, tengo que sacar a la superficie lo cotidiano, inadvertido por azaroso, por quedar entre la balumba de las cosas que se hacen porque hay que hacerlas... Yo empecé a frecuentar la *Revista de Occidente*... Raras veces, no fui nunca de los *habitués*: me presentaba allí con cierta incomodidad por mil razones de peso. Mi aparición en Madrid después de un gran silencio, era arriesgada, ya que sólo había colaborado en la revista *Ultra* –en el 21– y al llegar no ingresaba en el

grupo de los prosistas lanzados por la colección Nova Novorum, exquisita y brillante cría de la *Revista de Occidente*. Mi incomodidad tenía esa causa hartamente justificada. Yo, desde Roma, conocía la colección Nova Novorum y la consideraba el lugar perfectamente adecuado a mi ingreso. Pero llegué y la colección había terminado. No sé por qué causas, pero el caso es que no pudo extenderse a uno más. Mi libro quedó esperando editor y no lo encontró hasta el 30, en la editorial Ulises de Julio Gómez de la Serna... En estos años de incomodidad fui conociendo a Ortega.

Una primera impresión suele ser lo más válido en el conocimiento de una persona..., respecto a Ortega no sirve el término *impresión*, es una noción irrevocable lo que se afirma a la primera. Ortega es –no quiero decir simplemente, pero sí taxativamente– *autoridad*. La impresión o certeza o más exactamente *sensación* –por ser contacto o presión o presencia dimensional–, la sensación es la de una humanidad autoritaria. Y no es fácil emplear este concepto en su sentido prístino porque las gentes, las pobres gentes de nuestro tiempo, han tenido que olvidarlo, entre corruptos simulacros. Autoridad es una dimensión de alma –es, ante todo, una personificación de la ley– tomando la ley en sentido de forma, de toda forma –es una personalidad que se impone sólo con ser presente, sin explicaciones porque es, por naturaleza, transparente. Esto es lo que quería decir, la autoridad es algo que se transparenta hasta su fondo. Se percibe su espesor de responsabilidad y su netitud de confianza. La autoridad aparece –es decir, que *se nos aparece*– como presencia personal: no intenta –porque no necesita– imponerse, queda impuesta, a la primera, por su eficiencia, que no es coactiva, sino esencialmente activa. Por lo tanto, la primera impresión –o sensación– de la presencia de Ortega era tan básica que permitía descuidar las sucesivas, contingentes, próximas o espaciadas, debidas al tráfico de las páginas entregadas o a lo que se llama atención o trato social. Puedo dejar en sus acontecimientos triviales unos cuantos años porque en ellos no pasó nada entre Ortega y yo, pero sí recalco que bajo mi espaciada frecuentación de la Revista hubo unos días más positivos que otros, pero siempre, invariable, permaneció la relación establecida en el primer encuentro, hecha, por mi parte, de acatamiento –eludo el término admiración, que implica juicio– adhesión por claridad o firmeza en la carta de navegar, por confianza en él sobre el piélago. Creo saber muy bien lo que yo representaba para Ortega, su tato, que forzosamente significaba juicio, era digno de mi gratitud. Mi posición en la Revista era más sobresaliente en las páginas que en la tertulia, patentización de mi lugar en la opinión de Ortega. Repito mi gratitud por su estimación de mi prosa, que no me envanecía por su objetiva justeza, ajena a la simpatía que, en efecto, cumplidamente me manifestaba. Su juicio siempre supe que no obedecía a otro sentimiento porque su simpatía por mí era también muy objetiva.

Ortega no olvidó nunca mi reacción de furor en nuestra primera entrevista. Si digo que no lo olvidó nunca no es que la supusiera afincada en él como rencor, sino establecida como ley o intrínquilis o eje indestructible de mi persona. Esta característica, que le era antipática, no enturbiaba ni mermaba su simpatía porque, en resumidas cuentas, ese saber la rudeza –incivilidad ibérica– de mi carácter era saber algo. Si para Ortega pensar es saber *lo que las cosas son*, su simpatía no podía ser rechazada por lo que en mí se deja ver *como es*.

Durante tres años, del 27 al 30, seguí mi actuación de colaboradora y mi aparición, infrecuente. Alguna vez fue conmigo Timoteo, pero él era más pom-biano, yo iba sola y me atrevía –me decidía con esfuerzo– a ir, cuando salía algo mío en la Revista o cuando pasaba cualquier cosa; siempre necesitaba que pasase cualquier cosa. Y las cosas que pasaban eran de gran variedad, las situaciones que se producían eran de todos colores, mi actitud, mi relación, mi sentimiento por Ortega fue siempre idéntico. La noción –impresión, sensación– adquirida el primer día no cambió jamás. Querría lograr lo que me he propuesto, traer a la superficie el recuerdo de Ortega, tal como lo conocí, y mi recuerdo, en su integridad, sólo puede ser novelable, nunca relatable. El relato tendría que incluir el ambiente o conjunto de la gente de la Revista, gentes entre las que encontré, en pocos casos, amistad, en los demás indiferencia y hasta alguna hostilidad disimulada. Ortega gobernaba mi conducta sin palabras, sin consejos... Esto yo, en el fondo de mi alma, se lo reprochaba, pero le entendía tan bien que decir, sin palabras, es inexacto: yo veía sus conclusiones terminantes perfectamente formuladas. “Usted es una persona intratable. Sufra las consecuencias”... Ésta era la sentencia que sobre mí formulaba Ortega, la que me demostraba en todo momento, al mismo tiempo que me afirmaba la perseverancia de su trato, que me ofrecía como dádiva de amistad, como promesa de confianza, la dureza de su juicio.

En el año 30 pasaron muchas cosas en el orden digamos profesional, pero en el orden vital pasó la más importante para mí, tanto que las otras todas quedaron supeditadas a ella. En junio del 30 nació mi hijo, Carlos. (No puedo evitar la asociación unamuniana: en ese mismo salió mi libro *Estación, ida y vuelta*, pero yo no me detuve a magnificar la coincidencia). Mi vida tanto en el trabajo como en la frecuentación social quedó más o menos interrumpida, pero no enteramente. El trabajo era compatible con mi vivencia maternal que, en el mes de julio, se explayaba por los prados de Asturias. Allí confeccioné el primer capítulo de *Teresa*, que Ortega quería incluir en el número de la Revista dedicado al Romanticismo. En el otoño e invierno volví a dejarme ver. Ortega veía mi hazaña con la aquiescencia que ponía en todo lo vital y con cierto asombro al tener que considerarme capaz de algo sensato. Siguiendo al devenir de los hechos, señalo mi escasa aportación en el trabajo: *Teresa*, que debía haber

sido incluida en la colección de Vidas Extraordinarias, quedó interrumpida y Ortega no me lo reprochó nunca, conocía perfectamente la causa. Así como en el terreno profesional y, más aún, en el de comportamiento social no me prodigó los consejos que yo hubiera querido, en las cosas íntimas, vitales –graves conflictos que me aquejaron durante cierto tiempo– sus consejos mantuvieron mi ánimo imponderablemente. Por qué es fácil de decir: porque yo se los pedí en todo momento, abiertamente, con una confianza total, como si el titubeo aterrizado que me aquejaba al proponerle una página, una palabra, se borrara por tener la medida justa de su dimensión humana tan claramente como la tenía de su magisterio intelectual. Puntuando el término magisterio, la condición o cualidad esencial de Ortega, la autoridad tenía la neta ilimitación personal de relación entre personas. Sentir –percibir– la autoridad de Ortega significaba temer la confrontación racional con la verdad, al mismo tiempo que confiar en la intelección vital (comunicación se dice ahora, pero yo lo siento más como ley fatal –quiero decir forzada– de diapasón –instrumento regulador infalible, por natural). Perfilar, partiendo el pelo en cuatro, la personalidad de Ortega parecería, por mi parte, acumulación de loas, o ensalzamiento de su imperecedera memoria. No es eso lo que quisiera dejar aquí. Más verdadera testificación del hecho –mi largo trato con Ortega– es señalar la consistencia de ese trato. La asistencia humana de sus consejos tan cómodamente confiada, no disminuía el temor al rigor de su juicio. A esta perfecta armonía entre benignidad y rigor es a lo que yo llamo *autoridad* y, en consecuencia, magisterio. Si me limitase a hablar de mis relaciones y actuaciones en la Revista tendría que señalar algunas de las muchas alteraciones del orden en mi vida personal, pero son poco importantes, comparadas con las alteraciones del orden en la vida de España.

Son muchos los testimonios de esa época ya impresos, formulados desde los cuatro puntos cardinales, quiero decir desde todos los focos de intención. Yo me atrevo a sostener que a pesar de los hechos tan graves –que viví con pleno asentimiento– mi conducta, esto es el curso de mi actividad en todo terreno, no se alteró un ápice. Y tengo que añadir que si mi vida no se alteró es porque no se alteró, de modo notable, el curso de la vida de... ¿España?... Digamos más concretamente Madrid, ya que las alteraciones eran enormes, pero los madrileños, principalmente los madrileños intelectuales..., seguíamos atentos a los avatares de la vida intelectual. Claro que no he mentado las riadas o avalanchas que transformaron el mundo cultural –creaciones de lugares matrices de novedad, movimientos tales como la rehabilitación de Góngora..., no hablo de nada de esto porque son muchos y muy autorizados los que hablaron hasta la saciedad. Si yo parezco quedar al margen no es jamás por indiferencia, sino por reconocimiento de mi aportación escasa. Tratar de

justificarla –esto es, de explicarla– sería apartarme del tema que me propuse. Las cosas de España, quiero decir la implantación o eclosión de la República, vista así como fenómeno, digamos, climatérico (y me empeño en confesar o testimoniar que así es como yo –y no creo que sólo yo– la viví, por no haber contribuido a un proceso ideológico, que nunca consideré con raigambre cultural genuina, sino con forzosa –quiero decir vitalmente fatal– adaptación a la altura de los tiempos). La eclosión de la República influyó en nuestras vidas –en las de todos, sin excepción– de modo que insistir sería trivial. Para definirlo sencillamente bastaría decir, todos hacíamos cosas que no habíamos hecho antes. Centrándome en mi tema señalaré que también mi trato con Ortega sufrió la modificación de incluir los acontecimientos –las cosas de la vida, que modificaban las vidas de todos, creaban un estado de atención a los hechos, principalmente a los hechos personales. Repito que la consideración de las cosas personales me aproximaba a Ortega por eliminar la barrera de su juicio, que intelectualmente me atemorizaba. Respecto a las cosas de la vida –de la mía o de la ajena– siempre me atreví a abordarle abiertamente, a interrogarle, a suscitár, incluso, opiniones casi confidenciales, esto es, opiniones en las que aparecía la realidad vital de su actualidad. No sé por qué temas de los que se barajaban –siempre buscando lo genuino, lo verdadero– apareció el que en su mente y en su obra era *ritornello* inacallable, el campo de España, y me dijo que me llevaría a dar una vuelta por campos de Castilla... Tengo que señalar aquí mi ineptitud para recordar el lugar –que seguramente era digno de ser visitado–, aunque recuerdo perfectamente el viaje, la charla –aunque nunca era charla– sobre todo lo que veíamos y todo lo que pensábamos, apareciendo en esto inevitablemente intruso todo *lo que pasaba*.

Esto fue, creo recordar, por el 35. Se repitió algunas veces y una de ellas llevó también a su traductora al alemán, Helene Weyl, que tenía empeño en hacerme conocer. Una mujer encantadora, de aspecto muy simple, edad indefinida pero carácter juvenil. Esta vez, como las otras, me pasó inadvertida la singularidad histórica del lugar, pero conservo dos momentos imborrables, con todo su paisaje y sus acontecimientos y rasgos personales. Uno de ellos fue, nada más bajar del coche en un campo –extensísimo, castellanísimo– la encantadora damita echó a correr como un niño escapado de la escuela y yo, simpáticamente contagiada, la seguí a todo correr un largo trecho. Entre tanto, Ortega, quieto junto al coche, nos miraba con cierta sorna, que ocultaba en su habitual cortesía, pero no pudo disimularla del todo y acabó exclamando: “La verdad, no sé por qué hace falta correr por el campo...” y se quedó en su incompreensión, ostentándola un poco para avergonzarnos por el infantilismo que acabábamos de demostrar dos mujeres maduras... Ésa fue la primera: al poco tiempo hubo otra que requiere cierta descripción, digamos, realista.

Allí cerca de aquella gran extensión había un mesón o merendero y nos llevó a tomar un café. Pusieron junto a grandes tazas de café con leche unas tortas de Alcázar: tomamos el café y como quedaban bastantes tortas en la bandeja, Ortega dijo a su invitada que mandaría envolverlas para que las tomase por la mañana en su desayuno –ella estaba, como invitada, en su casa–, añadiéndole que sabía que eran muy de su gusto... Lo realista tiene el inconveniente de no sugerir siempre, en todo momento, el incalculable ramaje de asociaciones que se destapan en su efervescencia... Yo, en aquel instante, pensé –con súbita evidencia o presencia– en Descartes... Más exactamente, pensé en una cosa pensada –vivamente pensada– por mí sobre Descartes. Ante su descripción del trayecto que sigue la piedra tirada por la honda, vi –con la tierra simpatía que me inspira el personaje Descartes– su austera figura, su traje negro y su gorguera blanca, tirando con honda... No sé si pierdo el tiempo tratando de sugerir lo que es puro misterio. Quiero decir que lo que vi –pues ello era una imagen– representaba, o presentaba, a un filósofo –integral, mayúsculo– ejecutando un acto común familiar a un pastor, inadaptable a su traje y su gorguera... Bueno, varias líneas no sé si perdidas, pero sin duda invertidas en explicar por qué, en aquel momento, pensé en Descartes..., aunque creo que a eso no se le puede llamar pensar... Vi a Ortega de un modo, un modo que no añadía nada al concepto habitualmente formulado por mí. No añadía nada, sino que no era un concepto, era una visión. Era la visión del filósofo –integral, mayúsculo– ejecutando un acto común... Llamo acto al movimiento de la mano que aparta la bandeja, señala las tortas y manda envolver. Fue el movimiento de la mano el que mágicamente convocó en un mesón castellano al fantasma de Descartes.

Si este episodio ha exigido unos trazos de realismo, para afianzarlo entre lo memorable debo señalar su historicidad, es decir el largo trecho de años en que ha ido historiándose. Es rigurosamente exacto que la sugestión brotó aquel día en aquel lugar, en el año 1935... De más está decir que lo he recordado cien veces (yo cuido mis recuerdos en mi invernadero y con frecuencia reviso al detalle sus menores pimpollos) y, algunas veces, se ha dilatado por sí mismo. Esto es fisiológicamente normal en el recuerdo (no quiero convertir esta divagación en un ensayo sobre el recuerdo, pero como de recuerdos es de lo que hablo, no puedo menos de señalar su libérrima –jamás arbitraria– conducta). Si la facticidad de un recuerdo consiste, por ejemplo, en la comparación de dos elementos, el recuerdo, en sus secretas vivencias selectivas, rechaza o abandona ciertos términos y fortifica otros, prodiga también con esmero su inagotable savia en los dudosos, en aquellos que demuestran que dos cosas parecidas ¡pueden ser tan diferentes!... En resumen, a lo largo de 50 años, ha aflorado en mi mente mil veces el recuerdo del momentáneo parangón que establecí

entre Ortega y Descartes –otras vicisitudes pueden intervenir: aparte la natural, propia, íntima reflexión, el recuerdo atraviesa secuencias originadas por adiciones externas–, el parangón resulta a veces establecido o formulado por hechos difícilmente clasificables que, por ser públicos y notorios, padecen burdas interpretaciones. De las cosas digamos características de Ortega, mal entendidas –y su mal entendimiento importa porque implica el torpe entendimiento de las más importantes– se puede señalar su tendencia –afición, inclinación– hacia los temas –las cosas, climas, ambientes, mundos– refinados... De aquí todo género de implicaciones sociales... Dejemos a un lado las denominadas políticas porque éstas siempre se inclinan a un lado o a otro de los denominados derecha o izquierda y en un filósofo sólo tienen importancias las implantadas en –o consustanciadas con– el eje. Los *mundos* refinados significan en Ortega una ambición de artífice, su didascalia, rebosante hasta el endiosamiento –y con esto digo algo que no implica ni remotamente fatuidad, sino interno sentimiento de omnipotencia–, inherente a toda potencia –que reduce el logos a “Hágase la luz”– el artífice pretende arreglar el mundo ibérico, el de aquellos “angelitos carpetovetónicos” que imagina en manos de desanimados maestros, asazonándolo con nostálgica *cortezia* –ya sabemos que las especias hay que ponerlas sobre la carne o las patatas, pero es evidente que tiene que haber alguien que entienda de especias mejor que Fernando el Católico– el mundo ibérico adornado... Me convendría más decir *engalanado*, porque lo que el artífice quiere es hacerle más *galán*... disipa su galantería como una bandada en el desierto, sin ramas donde posarse... Y claro está que en esta ambición hay un vago acento de amor imposible... el recuerdo se obstina en parangonar... Las damas del siglo XIII quedaban desnudas en su ineficiencia –digamos, orteguianamente, desnudas de sus circunstancias–, por lo tanto, incompletas, y no lograban difundir fecundos deseos, su evocación o sugerencia queda clamando en el vago espacio de “¡si pudiera ser!”... La relación o encadenamiento o tejido circunstancial concebible en todo tiempo y lugar tiene su fórmula o consistencia en una natural conjunción de cultura y poder... Si en nuestros años treinta hubiera existido en Europa una emperatriz apasionada por la filosofía, Ortega ¿se habría dejado asesinar por ella?... No lo creo; era demasiado ibérico. Sin embargo, estoy segura de que con fraterna y –digamos schelerianamente– “piadosa simpatía”, acompañó –en sus lecturas juveniles– al aterido Descartes en las infames madrugadas que le destruyeron –tanto como le crearon– llevando a poner su ración de filosofía a los pies de una reina.

Ésta es la cosa: midamos, pesemos y destilemos las diferencias que parecen patentes. El mundo, la cultura y la sociedad de estos dos *hombres* –que es lo que importa– eran sumamente distintos. En la circunstancia de Descartes no existía Ortega, en la de Ortega la personalidad de Descartes relumbraba –la

personalidad, porque no estoy parangonando filosofías, sino circunstancias humanas—; en nuestros treintas, ya remontando el siglo su adolescencia, entrábamos en la fiebre de la innovación. Sobrepassado el romántico *Au fond l'inconnu pour trouver du nouveau*, no buscábamos novedad sino renovación y ésta —también después de dadaísmo y futurismo— era sustentada por el yacimiento de todo el Occidente. Ortega volcaba sobre nuestra meseta la acumulación de sabiduría en que toda aventura humana quedaba entrañada y, puesto que su *aventura humana propia* quedaba en ella incluida, las predilecciones, ambiciones —ya dije ambiciones pero repito en su sentido más ideal o ideario, creativo— los proyectos, tanteos de posibilidad, elaboraciones de lo probable... edificaban o formulaban en rigurosa estructura lógica, en torno a la cual dimanaba... quisiera decir, sin vaguedad, pero un aroma vaga... y ciertas cosas ¡que no son cosas compuestas —por química orgánica— de pensamiento y deseo! vagan y atacan al órgano que se extasía entre jazmines con la furia del perro tras la presa... ¿Estoy divagando?... No, estoy conduciendo mi revisión de recuerdos hacia el camino —para mí fundamental— por el que Ortega nos condujo a la novela.

Parecería oportuno hablar ahora de todo lo que Ortega escribió y teorizó sobre la novela, pero no, no es eso lo que quiero señalar porque no me he propuesto hablar de la obra de Ortega, sino de su presencia. Lo único que a mí puede incumbirme es novelar la presencia de Ortega, esto es, el fenómeno de su existencia en España. Claro que sus ensayos, sus análisis y harto terminantes preceptos ya formulados desde 1910 cundieron entre nosotros. Creo, incluso, que se afincaron con la positiva eficiencia que no necesita ni siquiera aceptación y que sólo se demuestra o, simplemente, se muestra en el resultado práctico —esto es, real. También parecería oportuno hablar —por ser dos temas anejos— de la deshumanización del arte... que nos señaló a los orteguianos como remoquete o distintivo genérico, familiar, por decirlo así: algo que resultaba inevitable en toda entrevista o nota periodística, como la fórmula epistolar pueblerina de indagación por la salud, a la que sigue... “La mía bien a Dios gracias”... La pregunta por nuestro estado de deshumanización era disparada a boca jarro por todo informador, a todo recién llegado... “*Ma guarda che passa*”... Ortega nos condujo mucho antes a la novela porque nos puso delante de lo que en nuestra novela tradicional —de la próxima, inmediata tradición— faltaba. Ya el simple hecho de sugerir la colección de Vidas Extraordinarias fue una proposición o incitación, apoyada por lo que resultaba ofrecimiento de ser inmediatamente publicadas. La proposición dio algún resultado. Insignificante no porque los productos no fuesen excelentes, sino porque quedaron sin continuidad. Unos cuantos prosistas jóvenes aportaron sus biografías y quedaron tranquilos después de haber cumplido la tarea. Yo no... Tengo que

señalar mi excepción porque fue un hecho. Renovación o evolución originada por la coherencia de los elementos que se suman o enganchan genéticamente. Bastaría con enumerar los epígrafes de los numerosos párrafos que componen las *Ideas sobre Pío Baroja* (1910) para tener un sistema selectivo de neta orientación. Pero sin eso, podría destacar de las *Meditaciones* la *salvación* de las cosas, instaurándola como precepto suficiente, pero los puntos fundamentales, las nociones que no habría que aprender de memoria, sino ingresar en su ámbito con la ceguedad y certeza parvular que discierne lo blanco de lo negro, lo frío de lo caliente, era un *nuevo mundo* novelístico porque era un *mundo nuevo* y un mundo crea espontánea o fatalmente una novela a su imagen y semejanza. Había un precepto establecido, no sé bien cómo ni cuándo: creo o supongo que en la ingente obra periodística, además de la cátedra. En la Revista, por supuesto, pero antes de existir la Revista ya el precepto ejercía su poder. El precepto era escribir –hablar– bien, claro, correcto, impecable, con respeto –rayano en adoración– por la lengua, con una ética tan instintivamente incontestable como el sentido del honor. La depuración de la forma, digamos del estilo, despojado de retórica por Baroja, al que Ortega inculpaba –con inmenso afecto– de *tropezones*, nos fue fácil –a casi todos– asimilar. Nuestra lengua, ruda y bien aristada, cobró toda su posible flexibilidad y ceñida precisión. Con este instrumento podíamos intentar las “salvaciones”. Yo creo que en las *Meditaciones del Quijote* está todo lo necesario para una radical modificación de la novela –de la literatura española. Y repito que sin más que esto, lejos de España, sin formación universitaria, sin pertenecer a un grupo acepté o asumí el panorama –“Pedagogía del paisaje”– con sus árboles, montes y pensamientos, con su logos integral. Quisiera evitar todo aspecto petulante al afirmar mi excepcional adhesión o incorporación a la *filosofía* de Ortega, implícita en su paisajismo y explícita en su “circunstancia”, perspectiva, situación –podría decir en su *descubrimiento de la situación*–, y claro está que no puedo aludir ni señalar levemente la perseverancia que ni climas humanos o atmosféricos hicieron trastabillar, que corrientes literarias exitosas no contaminaron ni un ápice. De más está decir que lo que acabo de calificar como adhesión no lo sería –esencial o axialmente– si se hubiera constituido en inmovilismo. Todo lo contrario, la dinámica enseñanza, por su desarrollo biológico, siguió –y sigue– afirmándose.

No he podido evitar una incursión en la obra de Ortega, porque era necesario poner un fondo al transcurso del relato *novelresco*, personal, apersonado, de mi conocimiento de Ortega. La circunstancia, en su perspectiva cambiante, tenía que desarrollar su argumento para llegar a la última página, en la que se suele poner Fin. Yo en la de mi novela orteguiana puse Principio y, en esta que acabo de novelar, también lo pongo. Es cierto –y doloroso– que hubo una

última página, pero en ella no terminó nada. Para demostrarlo tendría que recurrir al proceso germinal que yace en la obra. Estas líneas novelescas, elaboradas con recuerdos bien organizados, tienen que llegar al último capítulo, en el que los hechos –ajenos al trabajo de las semillas– se imponen con apariencia terminante.

Como ya dije, una vez impuesta la República y –si no lo dije, lo digo ahora– una vez estallada la guerra, en los días del desconcierto en que –si antes dije que se hacía lo que no se había hecho– se hacía lo que no se sabía, lo que no se creía, no se debía, no se podía hacer, de todos estos haceres se destacaba el prurito de decir *cosas enormes*. Refiriéndome a mi caso personal, repetiré –como ya he dicho– que mi acercamiento a la *humanidad* de Ortega se acentuaba en las situaciones de orden vital, dramático. De más está decir que en aquella cúspide del drama yo me sentía ante él rebosante de agresiva comunicación. ¿Había en mí un cierto espíritu vengativo que encontraba y aprovechaba la ocasión de inculparle por los consejos no prodigados, como yo hubiera querido –y necesitado–, que ahora me atrevía a reclamar para los otros?... Sí, es evidente que algo de eso había y, como siempre que se descubre algo, conviene suponer que es mucho más de lo que se descubre.

Un día, una mañana –del último otoño... mi memoria rechaza las fechas– fui a ver a Ortega: cuando llevaba algo para la Revista siempre iba por la mañana. Me recibió en el pequeño despacho de siempre y empezamos a hablar de lo que era inevitable hablar aquel día, de nada en concreto. Yo, con un arrebatado –bélico, heroico–, salí a la defensa de la intemperancia juvenil que Ortega censuraba y –aquí se destaparon todos mis viejos rencores– le reproché el cierto distanciamiento..., la cierta dificultad de acceso que su personalidad enjuiciadora –rama o miembro activo más a ras de tierra que su inefable autoridad– le había tenido lejos, en cierto modo, de los que hubieran querido acercarse... Mi osadía llegó a decirle que era lástima ese distanciamiento... y no sólo para nosotros, sino también para él... Le dije que las consultas –preguntas sofocadas– tal vez le hubieran descubierto paisajes..., tal vez algún nuevo continente... (se impone el relato realista. Yo había comprado en la calle, en uno de aquellos carritos que llevaban libros, cinco o seis tomitos de Quevedo, los tenía al lado, en una silla y de pronto, queriendo cortar la situación, los recogí y dije: “Es muy tarde y usted tendrá mucho que hacer...” Ortega dijo, estentóreamente: “Yo no tengo nada que hacer y usted se está ahí quieta...” Me cogió por el brazo: todos los libritos cayeron al suelo y me hizo sentar). Como siempre supe leer sus pensamientos, vi que tenía ganas de retorcerme el pescozo, pero se contuvo: nuestra proximidad nunca había llegado a tanto. Sólo recuerdo del final del drama que paseó de un lado a otro de la habitación, como león enjaulado, deshaciendo todos mis argumentos. Con su acostumbrada

claridad en la refutación y con toda la largueza deseable; sin mermar explicaciones ni hacer resaltar mi atrevimiento. Respecto a mí –respecto al secreto fondo rencoroso– hubo alguna bonita definición de mi carácter que, en resumen, sólo lo daba como lo que no tiene arreglo... Cuando terminó su refutación, me fui y no volvía a verle... La salud de Ortega y la de España estaban hartamente amenazadas. Poco después me dijo María Zambrano que le había encargado de decirme que pensaba telefonearme porque hacía muchos días que no iba por la Revista..., pero no me telefoneó.

Mi trato con Ortega fue, en realidad, extravagante. Yo no era una discípula en la Facultad, yo no era una dama exquisita galanteable: yo era un alma ibérica que le encorcoraba, pero que entendía y situaba en el renglón de la confianza intelectual, por constatar la rectitud de mi adhesión, además de ciertas coincidencias, que señaló muchas veces, de procesos familiares –ambiente literario, periodístico–, inclinaciones de adolescencia... El vago parecido de nuestros caracteres que me hizo notar me daba, además del natural orgullo, una gran seguridad en la vida.

Revista de Occidente, Mayo 1983,
Extraordinario VI, n.ºs 24-25, pp. 77-94.